C

ada vez que unos empresarios son descubiertos, las víctimas de sus engaños reclaman justicia y acusan a varios, entre ellos a las autoridades de supervisión y a los contadores públicos, que actuaban en los comités de auditoría, las auditorías internas o en las externas.

Mientras más trampas se crean en materia fiscal, más profesionales de la contabilidad se ven envueltos en investigaciones, que los medios de comunicación se encargan de enrarecer.

Si bien los afectados directos no tienen más remedio que defenderse, es usual que adelanten acciones políticas destinadas a lograr legislaciones más favorables. En verdad, en más de una centuria, han logrado cosas muy importantes, pero muchas menos que las que aún desean.

Los servicios de aseguramiento se justifican por la necesidad de poder confiar en la información. Cuando esta confianza se piensa traicionada, la tentación es abolir a los aseguradores. Seguramente ello ya habría sucedido si hubiera un sustituto de mejor calidad.

Los contadores se enfrentan hoy a un crecimiento de la información utilizada por los mercados, que ha abandonado los datos económicos, financieros y no financieros, para entrar a ocuparse de asuntos como el medio ambiente, el respeto por los derechos humanos, las prácticas respetuosas frente a los competidores y los consumidores, el trato justo de los empleados y contratistas, el buen gobierno de las organizaciones, la lucha contra todas las formas de corrupción.

Al lado del capital financiero, pronto deberemos ocuparnos del industrial, del intelectual, del humano, del social y del natural, como lo preconiza la fundación para el [reporte integral](http://integratedreporting.org/what-the-tool-for-better-reporting/get-to-grips-with-the-six-capitals/). La medición será más compleja que hoy y las tentaciones de sesgarlas serán mayores.

Tenemos la certeza que los contadores deberán aprender del informe integral y de la responsabilidad social (a secas). Estas cuestiones enmarcan la información que deberán producir, divulgar y asegurar. Su mente deberá concebir universos, formas holísticas, realidades complejas, aunque sistémicas. Habrá que prepararse más allá de los asuntos económicos, sin perder la competencia en esta disciplina.

Para lograr cambiar habrá que empezar por la formación de un grupo de profesores con nueva mentalidad, con nuevos horizontes, con aspiraciones más amplias, más complejas, más humanas.

Los fenómenos de cambio de la información vienen ocurriendo por lo menos hace 40 años. No se trata de algo emergente, apresurado, súbito. Antes bien, es un proceso de lenta pero permanente maduración de respuestas a las crecientes necesidades de los empresarios y los mercados. Los que primero se den por aludidos, también serán los primeros en los procesos que pronto serán inevitables. Las disciplinas crecen permanentemente. Un pregrado, especialización, maestría o doctorado solo son útiles cuando enseñan a estudiar.

*Hernando Bermúdez Gómez*